

nos otro partido mas fuerte y mas audaz que el suyo, empezó desde entonces á relacionarse con los intriguantes del partido jacobino. Pensó, y con razon, que el odio del partido seria mas poderoso que el patriotismo, y que halagando la rivalidad de Robespierre y de Danton, contra Brissot, Petion y Roland, hallaria en los mismos jacobinos un apoyo hasta para el gobierno. Dumouriez queria al rey, compadecia á la reina, y estando mas inclinado á la monarquía que á cualquiera otro gobierno, le hubiese lisongeado tanto restablecer el trono como salvar la república. Hábil en manejar á los hombres, cualquier instrumento le era bueno para lograr su intento: desertarse de los girondinos que oprimiendo al rey, le amenazaban tambien á él; é ir á buscar mas lejos y en otra esfera mas baja la popularidad de que necesitaba para atacarlos, era un gran golpe de talento; probó darlo, y salió con su empresa. Desde esta época empezaron sus relaciones con Camilo Desmoulins y con Danton.

Este y Dumouriez, semejantes en vicios y en cualidades, forzosamente tenian que ponerse de acuerdo muy pronto, porque uno y otro no quisieron en la revolucion sino su actividad. Los principios les eran enteramente indiferentes; lo que halagaba su energía y su ambicion era aquel movimiento tumultuoso de las cosas, que precipitaba y elevaba á los hombres desde el trono á la nada, desde este estado á la cumbre de la fortuna y del poder. La embriaguez de la accion era para aquellos dos hombres una necesidad continua de su naturaleza, y la revolucion un campo de batalla cuyo vértigo les encanataba y engrandecia.

Cualquiera otra revolucion distinta á la que atravesaban les hubiese convenido igualmente, ya hubiese sido favorable al despotismo ó á la libertad; al rey ó al pueblo. Hay hombres que no pudiendo respirar con desahogo sino en una atmosfera agitada, no pueden vivir mas que en medio de un torbellino de acontecimientos. Además,

si Dumouriez tenia los vicios ó las ligerezas de los cortes, Danton tenia los vicios y el desenfreno del pueblo. Aunque estos vicios sean tan diferentes en la forma, son idénticos en la esencia; se comprenden unos á otros fácilmente y son el punto de contacto entre la debilidad de los grandes y la corrupcion de los pequeños. Dumouriez comprendió á Danton á primera vista, y éste dejó que aquel se le acercase y no opuso resistencia á lo que de él quiso exigir. Sus relaciones, sospechosas de cohecho por una parte y de venalidad por la otra, subsistieron secreta ó públicamente hasta el destierro de Dumouriez y hasta que murió Danton. Camilo Desmoulins, amigo de éste y de Robespierre, se apasionó tambien de Dumouriez, cuyo nombre popularizó en sus libelos; y el partido de Orleans, que representaba por medio de Sillery y Laclós á madama de Genlis en los Jacobinos, buscó igualmente la amistad del nuevo ministro. En cuanto á Robespierre, cuya politica consistia en una reserva hábil con todos los partidos, no manifestó respecto á Dumouriez ni cariño ni antipatía, pero se regocijó interiormente al ver en él un rival de sus enemigos. Es muy difícil odiar al enemigo de los que nos aborrecen.

## XIX.

El antagonismo entre Brissot y Robespierre iba creciendo y envenenándose cada día mas. Las sesiones de los Jacobinos y los papeles públicos, eran el teatro permanente de la lucha y de las reconciliaciones de aquellos dos hombres. Iguales en fuerzas en la nacion, iguales en talento en la tribuna, se veia que se tenían mutuamente, al mismo tiempo que se atacaban y que disfrazaban bajo la apariencia de un respeto reciproco, hasta sus mas graves ofensas. Pero esta animosidad comprimida, aumenta-

ba mas el odio de sus almas y estallaba de cuando en cuando, bajo sus almiaradas palabras, á la manera que sale la muerte del acero que parece mas terso.

Todos aquellos gérmenes de division, de rivalidad y de resentimiento, hirvieron como el agua en una caldera en las sesiones de abril. Fueron estas una especie de revista general de los dos grandes partidos, que iban á despedazar el imperio, disputando cual de los dos habia de dominar al otro. Los fuldenses, ó sea los constitucionales moderados, eran las victimas que uno y otro partido sacrificaban á porfía á las sospechas y á la ira de los patriotas. Røederer, jacobino moderado, era acusado de haber asistido á un convite dado por los fuldenses; amigos de La Fayette. «Yo no culpo solo á Røederer, decia Tallien, denuncio igualmente á Condorcet y á Brissot. Arrojemus de nuestra sociedad á todos los ambiciosos y á todos los cromwellistas.»

«Pronto llegará el momento de quitar la máscara á los traidores, dijo á su vez Robespierre, yo no quiero quitársela ahora mismo. Es preciso que cuando hiramos, el golpe sea decisivo, y yo quisiera que aquel dia me oyese toda la Francia, y hasta el mismo gefe de todas esas facciones, que es La Fayette, á quien tendria gusto en ver asistir á esta sesion á la cabeza de su ejército, porqué de este modo me proporcionaria la ocasion de presentarme ante sus soldados, á quienes diria enseñándoles mi pecho descubierto: ¡herid! Este momento seria el último de La Fayette y de la faccion de los intrigantes, (este era el ombre que habia inventado Robespierre para designar á los girondinos).» Fauchet dió una satisfaccion de lo que habia dicho respecto á que seria una felicidad para la patria, que Guadet, Vergniaud, Gensonné y Brissot, se pudiesen al frente del gobierno. Los girondinos eran acusados de soñar en un protector, y los jacobinos en un tribuno del pueblo. Brissot subió por fin á la tribuna y dijo: «Vengo á defenderme, ¿Cuáles son mis crímenes? segun dicen he

nombrado ministros. Tambien se ha esparcido la voz de que estaba en correspondencia con La Fayette, y queria hacer de él un protector. Seguramente que me conceden un gran poder los que piensan que desde el cuarto piso donde habito, he dictado leyes al palacio de las Tuillerias. Pero aun cuando fuese cierto que yo hubiese nombrado ministros, ¿de cuando acá es un crimen, haber puesto en manos de los amigos del pueblo los intereses de ese mismo pueblo? Dicen que este ministerio va á distribuir todos sus favores entre los jacobinos: ¡Ojala estuviesen servidos por estos, todos los destinos de la nacion!»

A estas palabras Camilo Desmoullins que estaba en un rincón de la sala y que era enemigo de Brissot, se acercó al oído del que estaba á su lado, y le dijo en alta voz y con una risa irónica: «¡Qué bien habla ese bribon! ni Ciceron ni Demóstenes se hubiesen valido de unas insinuaciones mas elocuentes.» A estas palabras cien gritos de los partidarios de Brissot piden á un mismo tiempo que Camilo Desmoullins sea espulsado de la sala. Uno de los censores, califica de palabras infamantes las que ha dicho el libelista, y la calma se restablece. Brissot prosigue en estos términos: «La denuncia es el arma del pueblo, yo no me quejo de esto. ¿Sabeis quienes son sus mas crueles enemigos? los que prostituyen la denuncia. ¡Oh! El denunciar es cosa muy facil. ¿Es tan facil probar lo que se dice? ¡Despreciad altamente á todo el que denuncia y no prueba! Hace ya tiempo que se habla de protector y de protectorado. ¿Sabeis por qué? para acostumar á los hombres á oír los nombres de tribunado y de tribuno. Los que lo desean no ven que el tribunado no existirá jamás. ¿Quién se atreverá á destronar al rey constitucional? ¿Quién osaria ceñir á sus sienas la corona? ¿Quién es capaz de imaginar que la raza de Bruto se ha estinguido? Y aun cuando no hubiese otro Bruto, ¿dónde se halla un hombre que tenga diez veces mas ta-

lento que Cromwell? ¿Creeis que el mismo Cromwell hubiese salido con su intento en una revolución como la nuestra? Aquel hombre tenia dos caminos abiertos á la usurpacion, que hoy no existen. La ignorancia y el fanatismo. Vosotros que creéis ver otro Cromwell en La Fayette, ni conocéis á éste, ni tampoco conocéis vuestro siglo. Cromwell era hombre de carácter; La Fayette no lo es. No puede llegarse á ser protector sin audacia ni carácter, y aun cuando el que vosotros pensais tuviese ambas cosas, encierra nuestra sociedad una porcion considerable de hombres amigos de la libertad, que pereceria mil veces mas bien que sostenerle. ¡Yo soy el primero que juro desde este instante, que reinará la libertad en Francia ó yo moriré peleando contra los protectores y los tribunos. ¡Los tribunos!... He hay los verdaderos enemigos del pueblo, los que le halagan para encadenarle, los que siembran sospechas contra toda virtud que no quiere envilecerse. Recordad lo que fueron Aristides y Focion, y vereis como estos grandes hombres no asediaban continuamente la tribuna.»

Brissot al lanzar esta indirecta, se volvió hacia Robespierre, que era á quien iba dirigida. Robespierre se puso pálido y levantó precipitadamente la cabeza. «No asediaban continuamente la tribuna, repitió Brissot, permanecian en sus puestos, bien fuesen estos en el campo ó en los tribunales (risas irónicas en los bancos de los girondinos que acusaban á Robespierre de abandonar su puesto en los dias de peligro). No desdeñaban ningun empleo por modesto que fuese cuando el pueblo se lo daba, hablaban poco de sí mismos, no adulaban á los demagogos, y jamás denunciaban sin tener pruebas convincentes de lo que decian. ¡Los calumniadores no perdonaron á Focion, y éste fué víctima de un adulador del pueblo! ¡Ah! ¡esto me recuerda la horrible calumnia inventada contra Condorcet! ¿Quién sois vos para calumniar este gran hombre? ¿Qué habeis hecho? ¿Dónde están vues-

tros trabajos y vuestros escritos? Podeis citar ese número de asaltos dados por él al trono, á las preocupaciones, á la supersticion y á la ignorancia, por espacio de treinta años, en union de Voltaire y de Alembert. ¿En dónde estariáis vos, en dónde estaria esta tribuna, á no haber sido por aquellos grandes hombres? ¡Cómo siendo ellos vuestros maestros, os atreveis á insultar á los que han dado la voz al pueblo!... ¡Cómo osais atentar contra Condorcet, cuando su vida no es sino una série no interrumpida de sacrificios! ¡Filósofo, académico, cortesano y noble no ha vacilado este hombre en hacerse político, periodista, pueblo y jacobino!... ¡Mirad lo que haceis, mirad que seguís los impulsos secretos de la corte!... ¡Ah! Yo no imitaré á mis adversarios, no repetiré esos rumores que corren tan acreditados de que están pagados por la lista civil (decian, en efecto, que Robespierre estaba ganado para oponerse á la guerra): «No diré nada de un comité secreto á donde concurren y en donde se conciertan los medios de influir sobre esta sociedad. Lo que sí diré, es que siguen la misma marcha que los fautores de la guerra civil, y que sin quererlo, hacen mas mal á los patriotas que la misma corte. ¡Y en qué momento tan crítico han ido á introducir la division entre nosotros! Precisamente en el momento en que nos vemos amenazados por una guerra exterior y otra intestina.... Demos tregua á estos debates y volvamos á continuar la órden del dia, despreciando como se merecen esas odiosas y funestas denuncias.»

XX.

Al oír estas palabras tan insultantes para Guadet como para Robespierre, ambos disputaban por subir á la tribuna. «Cuarenta y ocho horas hace, dijo Guadet, que

la necesidad de justificarme pesa sobre mi corazón, no hace sino unos cuantos minutos que Robespierre se halla en el mismo caso que yo; pido que se me conceda antes la palabra que á él.» Concedida esta, sube á la tribuna y se disculpa en pocas palabras. «Estad muy prevenidos, dice al terminar su discurso, contra esos oradores empíricos que sin cesar usan las palabras de libertad, tiranía y conjuración, y que mezclan siempre su propio elogio á los chismes con que halagan al pueblo; ¡deshaceos de estos hombres!» Al orden, esclama Freron, amigo de Robespierre, al orden la injuria y el sarcasmo.—Las tribunas prorumpen en aplausos y en silbidos casi por iguales partes. La sala se divide en dos campos separados por un largo intervalo. Cruzanse los apóstrofes, combátese con el gesto y con los ademanes, y para llamar al orden colocan algunos sus sombreros en la punta de los bastones. «Se me ha llamado malvado, dice Guadet, ¡no he de poder yo denunciar á un hombre, que antepone sin cesar su orgullo á la causa pública! ¡Un hombre que hablando continuamente de patriotismo, abandona su puesto al menor peligro! ¡Si, yo denuncié á este hombre, que sen por ambicion ó por desgracia, es en el dia el idolo del pueblo!» La confusion que reina en la sala, sofoca la voz de Guadet.

Robespierre reclama entonces que se guarde silencio para que pueda oirse lo que dice su enemigo. «¡Pues bien! prosigue Guadet asustado ó enternecido por la fingida generosidad de Robespierre, yo os denuncié á un hombre que por amor á la libertad de su patria debería quizá imponerse él mismo la ley del ostracismo: porque esto seria servir al pueblo impidiéndole que se crease idolos.» Estas palabras producen multitud de risas forzadas y burlonas. Robespierre, con una calma estudiada, sube los escalones de la tribuna en medio de las sonrisas y de los aplausos de los jacobinos. «El discurso que acabais de oir, dice mirando á Brissot y á sus amigos,

satisface todos mis votos, y encierra en sí todas las inculpaciones que acumulan contra mí los enemigos que me rodean. Contestando yo ahora al señor Guadet, quedarán todos ellos contestados. Se me invita al ostracismo y no cabe duda que seria en mí mucha presuncion el condenarme á él, porque este es el castigo de los grandes hombres, y solo á Mr. Brissot toca el clasificarlos. Se me conviene tambien porque asedió sin cesar la tribuna. ¡Ah! asegúrese la libertad, añácese la igualdad, desaparezcan los *intrigantes*, y me vereis tan solícito en huir de esta tribuna y hasta en desertar de este recinto, como asiduo me veis ahora en asistir á este sitio! Entonces se llenará el deseo que me es mas caro; y feliz en vista de la felicidad pública, pasaré unos dias serenos en medio de las delicias de una dulce y oscura intimidad.»

Estas palabras son interrumpidas por el murmullo de una emocion fanática, Robespierre se limita á lo que lleva dicho y difiere responder con mas estension para el dia siguiente. Llegado éste, siéntase Danton en el sillón y preside la lucha que se entabla entre sus enemigos y su rival. Robespierre empieza por elevar su propia causa á la altura de una causa nacional, disculpándose de haber sido el primero que habia provocado á sus adversarios. Cita las acusaciones intentadas y las injurias vomitadas contra él por el partido de Brissot. «Los nombres que se me prodigan y las acusaciones á que se quiere que yo responda, dice, son nada menos que llamarme y acusarme de jefe de partido, de agitador del pueblo, y de agente secreto del comité austriaco! Yo no responderé ni como Escipion ni como La Fayette, que acusados en la tribuna del crimen de lesa nacion, se contentaron con guardar silencio. Yo responderé con mi vida anterior.»

«Discipulo de Juan Jacobo Rousseau sus doctrinas han inspirado en mí su propio espíritu respecto al pueblo. El espectáculo de aquellas numerosas asambleas de los pri-

meros días de nuestra revolucion me llenó de esperanzas. Bien pronto comprendí la diferencia que hay entre aquellas asambleas reducidas, compuestas de ambiciosos ó de egoístas y la nacion en masa. Aunque sofocada allí mi voz varias veces, preferí escitar los murmullos de los enemigos de la verdad, á obtener aplausos vergonzosos. Yo dirigía mis miradas mas allá de aquel recinto, y mi objeto era que me oyese toda la nacion, y hasta la humanidad entera. Esta ha sido la causa de ocupar tan á menudo la tribuna, pero aun he hecho mucho mas con dar á la Francia un Brissot y un Condorcet. Estos grandes filósofos no cabe duda que han ridiculizado y combatido á los sacerdotes, pero no han obsequiado menos á los grandes y á los reyes, de los cuales han sacado un partido bastante regular (risas.) Vosotros no habeis olvidado aun con quanto encarnizamiento han perseguido el genio de la libertad en la persona de Juan Jacobo, único filósofo que haya merecido, segun mi modo de pensar, esos honores públicos, y prodigados hace tanto tiempo á unos charlatanes políticos y á unos héroes despreciables. Brissot debia al menos agradecermelo. ¿En dónde estaba él cuando yo defendía la sociedad de los jacobinos contra la Asamblea constituyente? Sin lo que yo he hecho en aquella época no me insultarais ahora en esta tribuna, porque esta tribuna no existiria. ¡Yo soy, sin embargo, el corruptor, el agitador y el tribuno del pueblo! ¡mentis! ¡Yo no soy nada de todo esto! ¡Lo que yo soy, es pueblo! ¡Me echais en cara el haber abandonado mi puesto de acusador publico! Lo he hecho, cuando he visto que este encargo no me daria otro derecho que el de acusar á los ciudadanos por delitos civiles, y que me quitaria el de acusar á los enemigos políticos. Esta es la razon que tiene el pueblo para amarme. ¡Y vosotros quereis ahora que yo mismo me condene al ostracismo para sustraerme á su confianza! ¡un destierro! ¡Con qué cara os atreveis á proponermelo! ¡dónde quereis que me retire! ¡qué

pueblo me recibirá! ¡qué tirano me dará un asilo! ¡Ah! ¡Puede uno muy bien abandonar su patria cuando esta es dichosa, libre, y se halla triunfante! pero no se huye de ella cuando está amenazada, despedazada y oprimida, porque entonces ó se la salva ó se muere por ella! El cielo que me dió un alma apasionada por la libertad y que me hizo nacer bajo el dominio de los tiranos; ese cielo, que colocó mi vida en el centro del reinado de las facciones y de los crímenes, me llama quiza á marcar con mi sangre el camino de la felicidad y de la libertad de los hombres. ¡Exigid de mí otro sacrificio! Si os hace falta el de mi fama ahí la teneis. Yo no queria adquirir reputacion sino para obrar el bien de mis semejantes; si para conservarla, es preciso vender la causa del pueblo por medio de un cobarde y bajo silencio, tomadla y manchadla si quereis, porque yo no lo impediré.

«Ahora que me he defendido, podria muy bien atacaros. Sin embargo no lo haré y desde ahora os ofrezco la paz. Olvido vuestras injurias, devoro vuestros ultrajes, pero lo hago con una condicion, y es que combatais conmigo á los partidos que desgarran nuestro pais, y muy particularmente al mas peligroso de todos, que es el de La Fayette, el de ese pretendido héroe de ambos mundos, que despues de haber asistido á la revolucion del nuevo, no ha hecho otra cosa hasta ahora que contener los progresos de la libertad en el antiguo. ¡Nos mismo, Brissot! no habeis convenido conmigo, en que aquel gefe era el verdugo y el asesino del pueblo, y en que la matanza del Campo de Marte habia hecho retrogradar veinte años á la revolucion! ¿Es hoy temible este hombre por hallarse á la cabeza de un ejército? No. ¡Apresuraos! ¡haced mover horizontalmente la espada de la ley para que hiera todas las cabezas de los grandes conspiradores! Las noticias que nos llegan de su ejército son muy funestas. Ya ha empezado á introducir la division entre los guardias nacionales y la tropa de linea. Ya ha corrido en

Metz la sangre de los ciudadanos. Ya se ha encarcelado á los mejores patriotas de Estrasburgo. Desde ahora os digo, que estais acusados de ser causa de todos estos males; desvaneced estas sospechas uniéndoos á nosotros, y reconciliémonos, pero solo con el objeto de salvar la patria!

El resto del discurso de Robespierre, que se halla en el tomo 1.º de sus obras, es muy interesante, y merece ser leído con atención. En él se ve claramente el carácter de este hombre, y el modo como se conducía en las circunstancias de la revolución. Su discurso es muy elocuente, y muestra un gran conocimiento de los negocios de la república. En él se ve también el odio que Robespierre tenía á los jacobinos, y el deseo de destruirlos. Este odio era muy natural, ya que los jacobinos eran los que más se oponían á sus ideas. Robespierre quería una revolución moderada, y los jacobinos querían una revolución radical. Este conflicto fue una de las causas de la caída de Robespierre.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas. Negociaciones de Dumouriez con el Austria. El duque de Brunswick. El rey propone la guerra. Aclamaciones generales. Vótase la guerra. Plan de campaña de Dumouriez. Contemporización de La Fayette. Consideraciones sobre la Bélgica. Coblenza, capital de la emigración francesa. El conde de Provanza. El de Artois. El príncipe de Conde. Luis XVI, rehen de la Francia. La reina mirada como el alma del comité austriaco. Manifiesto del duque de Brunswick.

### LIBRO CATORCE.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas. Negociaciones de Dumouriez con el Austria. El duque de Brunswick. El rey propone la guerra. Aclamaciones generales. Vótase la guerra. Plan de campaña de Dumouriez. Contemporización de La Fayette. Consideraciones sobre la Bélgica. Coblenza, capital de la emigración francesa. El conde de Provanza. El de Artois. El príncipe de Conde. Luis XVI, rehen de la Francia. La reina mirada como el alma del comité austriaco. Manifiesto del duque de Brunswick.

La noche estaba muy adelantada cuando Robespierre acabó su elocuente discurso, en medio del recogimiento de los jacobinos. Estos, y los girondinos se separan mas exasperados que lo habían estado nunca. Vacilaban, sin embargo, aquellos hombres ante aquel gran rompimiento, que debilitando el partido de los patriotas podría entregar el ejército á La Fayette y la Asamblea á los fuldenses. Petion, amigo á la vez de Robespierre y de Brissot, querido de los jacobinos y ligado con madama Roland, tenia el fiel de su popularidad en equilibrio, temeroso de perder la mitad de ella, al pronunciarse por